Segundo Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C

Is 62, 01-05; Sal 95,1-2a. 2b3. 7-8a. 9-10a y c;

1 Co 12, 04-11; Jn 02, 01-12

Difícilmente se puede encontrar otra metáfora mejor -y la encontramos repetida tanto en el AT como en el NT- que la del amor esponsal y de las bodas para expresar el amor que Dios nos tiene y que espera de nosotros. O bien, para resumir expresivamente todo lo que hemos celebrado en la Navidad: la Encarnación del Hijo de Dios en nuestra condición humana.

La primera lectura, con lenguaje poético, nos asegura y describe ese amor que Dios tiene a su pueblo con la imagen de un esposo que encuentra alegría en su esposa. La alegría se contagia también al salmo, que quiere cantar las maravillas del Señor, su victoria y su gloria. Nada más salir de las fiestas de Navidad, somos invitados de nuevo a darnos cuenta de lo que supone tener a Dios tan cerca y tan bien dispuesto para con nosotros. Es una convicción que da sentido y color a nuestra existencia. Dios nos ama como el esposo ama a su esposa.

Pero en el evangelio es donde mejor se ve toda la profundidad y la alegría de esta Noticia: Cristo aparece como el Novio, o el Esposo. Hay otras claves para acercarnos a Cristo: El es ciertamente el Maestro, el Profeta, el Médico, el Juez, el Guía para nuestro camino. Pero a él mismo le gustaba compararse con el Novio.

El simbolismo de toda la escena, sobre todo conociendo la intención que suele tener Juan en los relatos, apunta a que ha llegado ya la hora mesiánica, la hora del Esposo que cumple todas las promesas del A. T. El signo milagroso de Cristo en estas bodas es rico en intenciones: con su sola presencia da un sí al amor, a la fiesta, a los mejores valores humanos, a la alegría de aquellas familias sencillas del pueblo. Pero también quiere mostrar cómo el "vino bueno" ha llegado al final de los tiempos de espera, que ya ha sonado la hora del Enviado de Dios. Y esto, dicho bajo la clave del vino, con todo lo que significa de alegría, amistad, inspiración y vida. El cristianismo, el Reino que Cristo nos ha venido a anunciar e inaugurar, es un Reino de valores positivos y de fiesta. A lo largo del año, con su Palabra y su Eucaristía, Cristo Jesús va a ser nuestro alimento e irá convirtiendo en fiesta y vino bueno nuestra existencia.

La presencia entrañable de María, la Madre, con detalles de exquisita femineidad y discreción, atenta y eficaz, es bueno subrayarla, aunque el centro sea Cristo Jesús. Estas lecturas nos quieren convencer de que estamos envueltos en el Amor de Dios, e invitados a su Fiesta, convocados a unas actitudes de amor, de visión positiva de la vida, de solidaridad.

Y a partir de la segunda lectura, también de corresponsabilidad constructora en la comunidad a la que pertenecemos. Es una de las mejores maneras de celebrar y tomar en serio el amor que Dios nos tiene: darlo nosotros a los demás.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)